

Capítulo V

En la gruta de Toci

NUESTROS lectores habrán sin esfuerzo adivinado que el templo descubierto por D. Alvaro de Silva, no era otro que el de Toci, ó la madre de los dioses, en que tantas escenas de esta obra han tenido su teatro.

Pero contrariamente á lo que D. Alvaro creía, el famoso templo no se hallaba deshabitado.

Moraba en él, y en él continuaba viviendo, el feroz Ixtaalzín.

¡Pero cuán distinto estaba de aquellos días en que le conocimos y dejamos de verle!

Su cuerpo, y sobre todo su rostro, estaba lleno de horribles cicatrices.

Sus ojos habían desaparecido.

Sus órbitas presentaban dos horribles cavidades.

Vestía como de costumbre su túnica sacerdotal rayada de negro y blanco.

En el momento en que volvemos á encontrarnos con él, Ixtaalzín se halla sentado en un banquillo de tabla,

y en sus manos tiene el extremo de una gruesa cuerda. Siguiendo aquella cuerda, vemos que su otro extremo va á parar por encima de un lazo, que liga fuertemente los pies de un hombre, casi completamente desnudo.

Ese hombre, ese desgraciado está colgado del techo de la gruta en otra cuerda que le pasa por debajo de los brazos.

Las manos las tiene fuertemente amarradas á la espalda.

Aquel desventurado es un indio casi cadáver.

Al extremo de la cuerda que Ixtaalzín tiene en la mano y que pasa por el lazo que sujeta los pies de la víctima, está amarrada una gruesa piedra muy pesada.

Aquel hombre le conocemos nosotros, por más desfigurado que de resultas de su suplicio está.

Es el valiente guerrero Tlanoc, el salvador de D. Martín Tezomotli y de María y de D.^a Beatriz en aquella noche, que no habrán olvidado nuestros lectores, en que ocurrió el singular prodigio del Cristo de Fray Martín.

El desgraciado con voz por el dolor amortiguada acababa de decir:

—¡Bárbaro sacerdote de Toci, por compasión! ¡mátame de una vez!

—Inútil súplica, Tlanoc; jamás accederé á ella.

—¡Ah! ¡corazón de piedra, maldito seas! ¡alma feroz, en tí no cabe la compasión!

—¿Cupo acaso en tí para tu desventurada patria?

—¿De qué puede la patria quejarse de mí?

—De su ruina, Tlanoc, de su ruina que tú solo causaste.

Cien veces te lo he dicho, y diariamente te lo repetiré con las mismas palabras, hasta que hayas terminado tu

miserable vida, que yo procuraré prolongar para que tu castigo no concluya mientras dependa de mí.

Por salvar al cobarde, al traidor, al perjuro Tezomotli, perdiste, Tlanoc, á tu patria.

Si ya que no quisiste ayudarme á concluir con él, no me lo hubieses á mí impedido, yo habría recogido el fruto de mis largos años de incesantes fatigas.

Desorganizada la administración de los aventureros que nos oprimen, habría bastado que levantásemos en nuestras manos la sagrada espada de Huitzolopochtli para dejarlos confundidos con el polvo.

Esa desorganización ha llegado á un extremo que yo mismo no esperaba.

Unos á los otros se han muerto ó mutilado como bárbaros chacales.

Y tanto odio los unos á los otros se tienen, que como bestias feroces se encierran en jaulas seguras cárceles de leones en horas de calentura.

Su único hombre, el conquistador, se mantiene lejos de ellos y con su ausencia favorece el levantamiento general de los hijos de Moctezuma y Cuauhtemoc.

Pero todas estas ventajas han resultado inútiles para nosotros, porque tú, Tlanoc, sólo tú, has inutilizado al único hombre capaz de aprovecharse de sus propios é improbos trabajos, emprendidos y continuados con una constancia y una fe dignos de haber obtenido mejor premio.

Ese hombre fui yo.

Lo digo ahora que para nada sirvo ya.

Apenas puedo mantenerme en pié.

Mis piernas tienen destrozados los huesos.

Todo mi cuerpo está cubierto de cicatrices que me desfiguran y atormentan horriblemente.

Mis ojos están ciegos; han desaparecido por completo, y apenas puedo arrastrarme por mí solo en el estrecho recinto de esta gruta!

Y todo esto es obra tuya, obra tuya no más.

Tú salvaste á esas mujeres dueñas de ese Cristo, como ellas llaman, que representa al Dios enemigo nuestro, y como tal nos trató, haciendo retroceder á los perros de Peralmindez para que sobre mí se arrojasen.

Pero si tal hizo el Dios cristiano, el nuestro no quiso mostrarse menos poderoso que él y en parte inutilizó vuestro triunfo, pues os puso á todos en mis manos.

—No, no fué él,—dijo Tlanoc,—no fué él, sino tu miserable perfidia.

Tú, miserable sacerdote de Toci, fingiste escuchar las palabras con que Xochitl quiso convertirme á su religión, creyendo que ibas á espirar.

Tú, sacerdote de Toci, fingiste convertirte á esa religión que maldices, y conquistaste así la compasión de Xochitl.

Le hiciste creer que sólo en el recinto de esta gruta hallaría seguro asilo contra la persecución del gobernador español, y cuando aquí nos tuviste á todos arrojaste la máscara, y valiéndote de tus miserables criados, hiciste imposible nuestra fuga y comenzaste á martirizarnos.

—¡Ah!—observó Ixtaolzin en respuesta,—¡cuánto es el gozo con que os escucho quejaros de los tormentos á que diariamente os someto! ¡Cuánto gozo escuchando vuestros ayes, ya que no me es posible ver la demacración de vuestros cuerpos, y las contracciones que el dolor produzca en vuestros semblantes!

—Nosotros en cambio nos consolamos viendo tu horrible fealdad y pensando que si de esta gruta te atrevieses

á salir, nuestros compatriotas te apedrearían como á un monstruo, y los perros de los conquistadores te darían caza como á una alimaña infernal.

Tlanoc no pudo proseguir porque Ixtaolzín estiró del extremo de la cuerda que entre sus manos tenía, y al subir la piedra del contrapeso, el cuerpo de la víctima se alargó obligándole á prorumpir en espantosos ayes.

—Gózate, gózate en ello,—decía,—y canta tu victoria para recrear los oídos de tu príncipe.

Dicho esto, el sacerdote azteca soltó la cuerda y la piedra descendió, y Tlanoc pudo disminuir la intensidad de sus lamentos.

—Basta por hoy,—añadió el sacerdote,—voy á hacer que te sirvan una bebida fortificante para que recobres tu energía y no te mueras sin haber apurado tu tormento.

Tlanoc no respondió.

El dolor le había desmayado.

Ixtaolzín se levantó de su banquillo, dió algunos pasos, pero no pudo proseguir en pié, y rugiendo de ira y dolor, se arrojó al suelo y continuó marchando, pero arrastrándose como una culebra.

Al fin llegó á una abertura que comunicaba la sala principal de la gruta con otras más pequeñas que servían de prisiones á D.^a Beatriz, á María y á su hijo y á don Martín Tezomotli.

Las primeras estaban amarradas á unas gruesas vigas empotradas en las paredes de la gruta.

El segundo estaba suspendido de los brazos poco más ó menos como el infeliz Tlanoc.

Sólo andaba suelto el hijo de María y D. Martín Tezomotli.

Pero esto constituía una de las mayores crueldades del bárbaro Ixtaolzín.

Cuando atraído por las dulces palabras de su pobre madre el niño se acercaba á ella, el sacerdote le daba de golpes con sin igual crueldad.

De aquí resultó que la desgraciada criatura tenía miedo de ir al lado de aquella que habíale dado el sér.

Pero sólo en este caso el sacerdote se atrevía á hacer mal al niño.

No siendo así, aquella fiera humana se dejaba avasallar por completo por la criatura.

Bastaba el más pequeño grito de ella para que corriese en su busca como si temiera que algún peligro le amenazase ó que álguien le hiciese mal.

Los martirios corporales que también había impuesto á D.^a Beatriz, á María y á Tezomotli, cesaban en cuanto el niño lloraba al oírlos quejarse.

Y cuando se le trepaba en las rodillas y ensortijaba sus deditos en sus lacios y canos cabellos y reía gozoso con los gestos que le obligaba á hacer, el sacerdote, ya que no pudiese llorar, sollozaba de contento.

Merced á sus condescendencias para con el niño, el Crucifijo de Fray Martín se había salvado de haber sido destruído por el sacerdote de Toci.

Acostumbrado á entretenerse con la sagrada imagen, la criatura lloró y gritó cuando Ixtaolzín quiso quitárselo, tan triste y amargamente, que compadecido de ella se la devolvió.

Pero aparte de esto, el sacerdote sentía hácia el Crucifijo una especie de respetuoso terror.

No podía olvidar cómo los perros de Peralmíndez habían retrocedido ante la imagen, sin hacer caso alguno de los golpes y gritos que les daba.

Idólatra por razón de su sacerdocio azteca, aquella figura de bronce dorado en su negra cruz de ébano, le parecía un temible idolo.

Nunca los suyos habían demostrado semejante poder.

Sin el ingenio diabólico que para el mal tenía Ixtaol-zín, no cabe duda en que aquel prodigio hubiérale convertido á la nueva religión.

Mas después que logró apoderarse con extremados dolo y falsía de sus víctimas, rechazó de sí sus pensamientos referentes á la imagen, y creyó, como lo había dicho á Tlanoc, que sus falsos dioses eran más poderosos que el Dios cristiano.

Estaba no obstante muy lejos de hallarse firme en sus ideas religiosas y en el respeto á sus dioses.

—Es cierto que siendo yo el más débil pusieron en mis manos la suerte de mis enemigos.

Pero ¿por qué consintieron en inutilizarme al extremo á que me han inutilizado?

¿De qué puedo ya servir á mis compatriotas?

Apenas puedo tenerme en pié.

Horribles sufrimientos me mortifican continuamente.

Y sobre todo me falta la vista.

¿De qué me sirve ya la ciencia aquella que en alto grado poseía, de leer con mi mirada en el semblante de mis enemigos?

¿Yo mismo me arranqué los ojos!

Los perros de Peralmíndez casi me destrozaron la cabeza.

La supuración de las heridas bañó mis ojos; los enve-

nenó y sentí en ellos espantosas é insoportables punzadas.

¿En uno de mis accesos de desesperación yo mismo con mis uñas vacié mis órbitas sin saber ni lo que hacía!

¿Y cesaron tan de súbito mis sufrimientos que hasta me alegré de haberme quedado ciego!

Pero con mis ojos concluyó mi poderío y hoy sólo sirvo para verdugo de estas mis víctimas.

¿Oh dioses de Anahuac! ¿cuándo cesará de pesar sobre vuestro pueblo la magnitud de vuestra cólera!

Capítulo VI

Un arcabuzazo

DREOCUPADO con sus dudas y perdido en el laberinto de ellas hallábase Ixtaolzín, cuando á sus oídos llegó, en medio de la noche, el eco que le traía, lejano pero perceptible, el ruido del galope de varios caballos.

Al mismo tiempo que esto notaba entró en el recinto de la gruta uno de los esclavos del sacerdote, diciéndole:

—Por el camino que viene de México he visto adelantarse dos jinetes al parecer españoles.

—Oigo en efecto el ruido que sus caballos producen. ¿Crees que se dirijan á este sitio?

—Podría jurarlo y porque lo creo he venido á avisarte.

—Está bien; has cumplido con tu deber y tú encontrarás tu recompensa.

—¿Tienes alguna orden que darme, en cuyo caso esperaré, ó debo volverme al puesto de mis observaciones?

—Sí, espera. Quiero que me conduzcas al sitio en que te encuentras de centinela.

—¿A qué quieres exponerte á las dificultades de trepar por estas breñas, ciego como estás?

—Tu serás mi guía.

—Sin embargo...

—¡Yo lo quiero!

—Mi deber es obedecerte.

—Sí, quiero ir contigo: no sé qué presentimiento funesto me hace temer que esos jinetes puedan causarme algún daño.

—En ese caso mejor estarías en la gruta, cuya entrada puedes impedir con solo hacer rodar sobre este pozo esa enorme roca al efecto preparada por mí.

—No, prefiero ir contigo.

—Como tú lo mandes.

—No es probable que esos jinetes, sean quienes fueren, no diré conozcan, pero ni siquiera sospechen que aquí existe este templo.

—En ese caso salgamos cuanto antes.

—Salgamos.

Ixtaolzín se arrastró hasta la boca del pozo que servía de salida á la gruta y ponía sus piés en los primeros travesaños de la escala, cuando el hijo de Maria, que acababa de despertarse, corrió hacia él pidiendo que le llevase.

Ixtaolzín tomó en brazos al niño y continuó bajando la escala de cuerda.

El esclavo lo siguió, y cuando en el exterior se hallaban cargó sobre sus espaldas al sacerdote y al niño y trepó con bastante ligereza por los peñascos del Tepeyac.

Los jinetes descubiertos por el esclavo continuaban avanzando siempre en dirección al cerro.

Llegaron al fin á un punto en que los caballos ya no pudieron seguir subiendo.

El esclavo fué dando cuenta á Ixtaolzín de los movimientos de los jinetes.

—Se han detenido y parece que discuten sobre lo que deberán hacer.

—¿Les distingues las caras?

—¡Imposible! aunque el cielo está sumamente limpio y las estrellas brillan con magnífico resplandor, la oscuridad es bastante intensa.

—¿Entonces no podrás tampoco decirme si son soldados?

—Uno de ellos al ménos lo parece.

—¿Y el otro?

—¡Aguarda! ¡sí no me engaño! están echando pié á tierra, y podría jurar que uno de ellos es mujer.

—¡Mujer!

—Sí, una mujer española á juzgar por la amplitud de la cauda de su vestido.

—Entonces,—dijo Ixtaolzín con acento que denotaba tranquilidad y buen humor,—hemos perdido nuestro tiempo y nuestra fatiga en trasladarnos aquí.

—¿Por qué?

—Porque á estas horas un hombre y una mujer en estos sitios, claros indicios dan de que se trata de alguna aventura de amores.

—¿A estas horas y en estos sitios?

—¿Por qué no? probablemente la mujer será alguna esposa ó alguna hija fugada de su hogar y el hombre su seductor ó su amante.

—¡Calla!

—¿Qué es?

—Han atado sus caballos á un tronco, y según parecen piensan continuar subiendo.

—Querrán en su amor aproximarse al cielo lo más posible. ¿Vienen hacia donde nosotros nos hallamos?

—No, los peñascos se lo impedirían; no sube una mujer española, que tienen á gala conservar sus delicados piés, por las asperezas de la gruta.

—Será una casualidad.

—Creo que no me atrevería á afirmar que no es la primera vez que el hombre anda por el Tepeyac.

—¿De qué lo infieres?

—De que examina con gran cuidado el terreno que pisa, como tratando de reconocer en él alguna señal.

—¿Estamos aquí en lugar á propósito para que puedas ver la entrada del pozo de la gruta?

—Sí lo estamos.

—En ese caso, aun suponiendo que den con ella, no podrán impedir que nosotros lleguemos á tiempo para evitar que salgan si á entrar llegan.

—Pues ve viendo lo que dispones, porque están frente á la entrada, si bien parece que el hombre no acaba de reconocerla.

—¿Quién puede ser ese hombre que tan directamente ha marchado hacia la entrada de esta gruta?

—Alguno que ya ha estado en ella antes de ahora.

—¡Imposible!

—No lo creas.

—¿En qué te fundas para asegurarlo así?

—En que no es la casualidad la que le guía sino un exacto conocimiento del terreno.

—¿Pero entra ó no en la gruta?

—Aguarda.

—¿Aún vacila?

—No.

—¿Qué! ¿ha entrado?

—Sí.

—¡Ah! ¡malditos sean ellos! ¡pronto! ¡llévame á la gruta!

El esclavo se disponía á obedecer al sacerdote cuando deteniéndose de pronto exclamó:

—¡Quieto! ¡silencio ó somos perdidos!

El sacerdote obedeció preguntando á la vez en voz baja:

—¿Qué pasa? ¿qué nueva cosa ocurre?

—¡Silencio! ¡otros tres hombres á pié, vienen casi directamente hacia nosotros: si el niño da el más leve grito seremos descubiertos!

—Nada temas, la pobre criatura ha vuelto á dormirse en mis brazos, siento cerca de mi oído su tranquila respiración.

—Los dioses hagan que no despierte.

—¿Tanto temor te infunden esos hombres?

—Son españoles y vienen completamente armados.

—¿Y acaso no hay luz bastante para hacer en ellos una buena puntería?

—Si mi arco pudiese disparar tres flechas á la vez, quizás lo intentase.

—Pues inténtalo con una sola.

—No lo creo prudente.

—¿Distingues tres enemigos y no crees oportuno librarlos al menos de uno?

—Lo haré si lo quieres, pero quizá podemos perder más de lo que pudiéramos ganar permaneciendo en observación.

—Inténtalo no obstante.

—¡Si tú lo mandas!..

—¿No lo has conocido ya?—repuso con enojo el sacerdote: ¡sí, lo mando!

El esclavo obedeció poniéndose inmediatamente en pié y preparando su arco.

Pero aun no había partido su flecha, cuando se escuchó imponente, sonora y doblada por el eco una detonación de arcabuz y el esclavo cayó como herido por un rayo.

—Los dioses te protejan,—exclamó, quedando muerto á los piés de Ixtaolzin.

Subiendo al Tepeyac

Hos tres hombres, que no sin motivo, según acabamos de ver, tanto habían alarmado al esclavo de Ixtaolzín, detuviéronse después que uno de ellos hubo disparado su arma.

—Sería,—dijo uno de ellos,—una fatalidad que le hubieseis muerto.

—¿Por qué creéis que le haya muerto?

—Porque ha caído como herido de un rayo.

—Eso no puede probar que yo le haya muerto.

—Ojalá sea así.

—Estos indios son astutos sobre toda ponderación, están dotados de una vista y de un oído exquisitos, y es muy posible que al ver brillar el fogonazo se haya tirado en tierra para evitar la bala.

—¿Apuntasteis bien?

—Creo que sí; pero mi intención no era matarle sino solamente herirle; procuré bajar la puntería y como él

se echó al suelo, pudiera suceder que la bala le haya mal herido.

—Ojalá, repito, no le hayáis muerto.

El tercer personaje del grupo, callado hasta entonces, dijo:

—Estamos tan de malas que bien pudiera ser que le hubieseis matado.

—Padre mío, no hay que desconfiar de Dios.

—No desconfío; si la confianza en él me faltase, seguro estoy de ello, su falta me mataría.

Mucho amo á tu buena esposa María, pero sus desgracias no me atormentan tanto como las que puedan haber sobrevenido á mi nietecito.

¡Pobre hijito mío! ¿qué habrá sido de él?

¿Dónde pueden haberle ocultado y en tan escondido paraje que su amable vocecita no ha llegado á mis oídos?

Al pronunciar estas palabras el hombre de cuya boca salían, lloraba con atroz amargura.

—Vamos, padre mío, no os dejéis dominar una vez más por el pesar. Imitadme en la resignación como yo os he imitado en el valor personal y en la grandeza de alma.

Ved á Diego de Saavedra; como á vos le falta su hija idolatrada, y no obstante pone su confianza en Dios y se consuela esperando en que al fin logrará recobrarla.

El aludido contestó:

—Gonzalo tiene razón; un cautivo de Argel, un don Luis de Alva debe ser siempre un hombre incapaz de dejarse dominar por el infortunio.

Con que, amigo mío, ánimo y continuaremos subiendo.

—Subamos, sí, pero mi corazón me dice que una nueva decepción nos aguarda.

—En todo caso, padre mío,—observó el joven presentando á D. Luis de Alva su brazo para que se apoyase en él,—lo más que puede sucedernos es que tengamos que pasar unos cuantos días más en estas infames breñas.

—¡Muchos llevamos ya!

—Por lo mismo nuestras esperanzas deben ser más fundadas.

Uno ú otro día veremos salir á alguien de las entrañas de este cerro, que sabemos por experiencia que están habitadas, pues yo habité en ellas.

—Eso es lo que me desespera más, porque ¿cómo es posible que ningún indicio halles que pueda darnos entrada á esa caverna?

—El feroz Ixtaolzín debe haberla cambiado por completo.

—O quizás, y es lo probable, esa caverna ya no existirá.

—A eso sí no puedo responderos, padre mío, y muy bien pudierais tener razón.

La gruta no era á la verdad una construcción importante.

El tiempo que desde la conquista de D. Hernando ha transcurrido, puede haber bastado para que la gruta, si no ha estado habitada, se haya desplomado.

—En ese caso y si tal es tu creencia ¿con qué objeto perdemos los días en discurrir por estos cerros inútilmente?

—Padre, yo nada he asegurado, puesto que no puedo saberlo.

Además todo nos induce á creer que la antigua gruta azteca no ha desaparecido.

Hace tres noches que en todas ellas hemos distinguido en ese picacho la figura del hombre contra el cual hemos disparado.

Es verdad que en las dos anteriores no hemos podido dar con él, pues cuando á ese picacho llegábamos el hombre desaparecía.

Pero quizás seamos en la de hoy más afortunados.

D. Diego de Saavedra, que, sin tomar parte directa en la anterior conversación, habiase adelantado, fué el primero en llegar al sitio en que el esclavo de Ixtaolzín yacía cadáver.

—¡Todo inútil!—dijo,—¿este hombre está muerto; la bala le ha destrozado la frente!

D. Luis y Gonzalo de Alva lamentaron, como lo había hecho D. Diego, la fatalmente acertada puntería del marido de Xochitl.

Porque ellos eran en efecto.

Desde aquella noche fatal en que los celos de Gonzalo de Salazar y los odios de Ixtaolzín habian disgregado aquella ejemplar familia, D. Diego de Saavedra y los Alva, padre é hijo, no habian descansado buscando á las queridas víctimas.

Pero todas sus pesquisas habian resultado inútiles.

Como dejamos dicho, D. Alvaro de Silva se separó de sus amigos para atender á sus propios asuntos, y dejó que por sí solos continuasen sus indagaciones.

Pero nadie sabía lo que hubiera podido ser de las dos mujeres ni del hijo de Gonzalo de Alva, ni del valeroso D. Martín Tezomotli.

Salazar, á quien vieron repetidas veces, les juró y per-

juró que nada sabía de ninguno de ellos, y los ayudó en sus pesquisas con manifiesta buena fe, hasta que la gravedad de los sucesos públicos le obligó á no ocuparse sino de lo suyo particular.

Por las indicaciones que Salazar les dió acerca del indio-espía, á quien llamaba José, los Alva reconocieron bajo su disfraz á Ixtaolzin, y uno y otro, que sabían de todo lo que era capaz el perverso indio, todo lo temieron de él.

Empeñáronse en buscarle, pero no fueron más afortunados.

Nadie había vuelto á verle.

Pero sabían que en medio de sus crímenes y atrocidades, Ixtaolzin era un infatigable y activo agente de la reconquista y de la libertad de su patria.

No encontrándole en la capital se imaginaron que habría salido de ella para algún paraje en que los conjurados indios pudieran hallarse prontos á alzarse en rebelión.

El descontento y la alarma en que el país se hallaba como resultado de la opresión y abusos de los gobernadores, hacían la ocasión en extremo propicia para los planes que Ixtaolzin abrigase.

Sólo así se explicaba su separación de la capital.

La de Tezomotli y las dos mujeres, creyéronla consecuencia de la del sacerdote azteca.

Perseguido encarnizadamente por Salazar y acusado como cabeza de un proyectado alzamiento de indios, el príncipe, á tal extremo reducido, sin duda le había aceptado con todas sus consecuencias.

Hijo de un rey, del cual conservaban grata memoria sus antiguos súbditos; hombre de clara inteligencia y de

un valor á toda prueba, Tezomotli podía muy bien llevar á cabo la reconquista del imperio de sus antecesores.

Convertido al cristianismo, instruído por el venerable Fray Martín en los fundamentos de su nueva religión, y en los usos y costumbres europeas, Tezomotli podía, en efecto, llevar á la nueva situación que un general alzamiento crease, un contingente tan grande de elementos de vitalidad, que justificado quedaría si sus intenciones uesen, en efecto, las de reconstruir el extenso y poderoso dominio azteca.

D.^a Beatriz de Saavedra podía haber sido arrastrada á seguirle, ya por su amor al príncipe, ya por el terror que necesariamente hubo de causarle la enojosa y vengativa pasión de Salazar.

María, la antigua Xochtil, pudo obedecer á móviles parecidos.

Todo esto pareció explicable y racional á los Alva y á Saavedra, máxime cuando no podían darse mejor explicación de la ausencia de todos y cada uno de sus deudos y amigos.

Durante mucho tiempo buscáronlos allí donde los síntomas de un alzamiento de indios eran más perceptibles, sin arredarse ante ningún obstáculo ni sacrificio.

Pero todo fué inútil.

En ningún lado hallaron indicio alguno de fugitivos.

Lejos de ello, en varias partes escucharon quejas contra Ixtaolzin, de quien suponían que se habría vendido á los españoles, después de haberlos incitado á acentuar su pasiva resistencia contra los conquistadores.

En otros lugares, la creencia general era que el sacer-

dote y el príncipe habían sido muertos por los españoles, para asegurar más y más su dominación.

Convencidos que los fugitivos no habían salido de la ciudad, ni menos pensado en poner en planta los proyectos que les atribuían, los Alva y Saavedra volvieron á la capital.

Gonzalo de Alva hizo memoria de aquel funesto templo de la Diosa Toci, madriguera de Ixtaolzín, y sus esfuerzos se fijaron en la necesidad de registrar las entrañas del cerro del Tepeyac.

Durante varios días buscó inútilmente algo que le descubriese la existencia de la gruta.

Desesperaba él y con él D. Luis y D. Diego de Saavedra, cuando una noche descubrieron al esclavo de Ixtaolzín.

Ni en aquella ni en las siguientes pudieron lograr alcanzarle.

Y creyendo, lo que no era cierto, pues no se había fijado en ellos, que el indio huía al descubrirlos, tomaron la determinación de disparar sobre él, á fin de herirle y apoderarse de su persona.

Sabemos ya cuál fué el fatal efecto de la puntería de Gonzalo de Alva.

El indio había quedado muerto.

El cadáver estaba completamente solo.

Lamentando estaban el suceso nuestros tres amigos, cuando se apercibieron con manifiesto terror que el cerro se movía bruscamente bajo sus piés.

La trepidación fué casi instantánea y la siguió una explosión formidable.

Los peñascos se movieron como impulsados por los hercúleos brazos de un gigante, y por una abertura que,

un momento después habíase cerrado de nuevo, desapareció como tragado por la tierra el jóven Gonzalo de Alva.

Todo esto fué tan instantáneo que, cuando el inexplicable accidente dejó de producirse, aun se retrataba en los semblantes de D. Luis y D. Diego la primera señal de su terror y su sorpresa.

Capítulo VIII

En frente del Tepeyac

CUANDO despues de las últimas palabras pronunciadas por su esclavo, el sacerdote Ixtaolzín, doblando en tierra una rodilla, registró al tacto el cuerpo que yacía á sus piés, y halló la herida que habíale producido la muerte, su rostro retrató en sus contracciones su extrema desesperación.

—¡Los dioses me han maldecido!—exclamó.

¿Qué va á ser ahora de mí?

Quizás podría con inmenso trabajo encontrar la entrada de la gruta.

Este cerro ha sido hasta hoy mi propiedad.

Conozco todos sus accidentes y contados tengo sus raquíticos arbustos y sus firmes peñascos.

Pero ¡ay de mí! la vista me falta y la obra sería larga.

Sin los ojos ¿cómo podré evitar el ser descubierto por los matadores de mi infeliz esclavo?

No, no debo intentar por ahora penetrar de nuevo en la gruta.

Sólo debo pensar en huir.

Pero ¿cómo y por dónde?

No lo sé, pero á todo debo arriesgarme.

Esos hombres me matarian como á un monstruo horrible.

No es que ame aún la vida.

Malditos sean quienes me la dieron, pues no me ha servido para ver cumplidos mis deseos.

Pero debo conservar la de este niño que tan en calma duerme en mis brazos.

Ixtaolzín comenzó á deslizarse entre los peñascos por la pendiente del cerro.

De rato en rato deteníase y aplicaba su oído en dirección de la que en su subida seguían los matadores del esclavo.

Sólo conociendo como él decia conocer aquel cerro, se explica que el sacerdote pudiese realizar su fuga.

Aparte de las naturales dificultades del terreno, otras no menos insuperables, nacidas de sus heridas, le obligaban á cada rato á pararse para tomar aliento.

Pero nada le preocupaba tanto como el no saber dónde podría ocultarse una vez bajado el cerro.

Por fortuna suya, la casualidad acudió en su auxilio, si bien alarmándose extraordinariamente en un principio.

Hallábase frente á la entrada misma del famoso pozo.

Dudaba si entrar en él y á hacer iba la señal de costumbre cuando sintió que la escala de cuerda oscilaba con violencia.

Alguien descendía por ella.

¿Quién sería ese alguien?

Ixtaolzín se escondió entre los peñascos y aguardó.

La persona que descendía por la escala de cuerda, no tardó en descubrirle y con asombro exclamó:

—Ixtaolzín.

—¿Qué? ¿qué quieres! ¿quién eres tú?

—Nada temas, soy Papantli, tu más fiel sirvienta.

Era en efecto una de las mujeres indígenas que asistía al sacerdote.

Este respiró á sus anchas, y satisfecho de haber sido descubierto,

—¿Qué pasa en el templo de Toci?—preguntó.

—Ya te lo diré, pero por el pronto lo que nos interesa es huir de aquí inmediatamente.

—Mi fiel Papantli, dispón como gustes de mí: soy el hombre más inútil de la tierra.

Y si no te opones á mi súplica, toma en tus brazos este niño á fin de que yo pueda seguirte con menos dificultad.

—¿Cómo! ¿tienes en tus brazos al hijo de Xochitl?

—El es en efecto.

—¡Ah! los dioses tienen compasión de nosotros, no me habría consolado jamás de que ese niño hubiese perecido.

Pude huir hace mucho tiempo y no lo hice sino después de haberme convencido de que no estaba en la gruta.

Pero huyamos, huyamos á donde pueda decirte lo que ha pasado y va á pasar.

Dame al niño y sígueme.

Ixtaolzín se agarró de las ropas de Papantli y uno y otro bajaron en pocos momentos la falda del Tepeyac y subieron la de uno de los otros cerros próximos á aquel.

Al fin dijo Papantli:

—Hagamos alto aquí: defendidos por estos peñascos nadie puede descubrirnos.

—Gracias, mi buena Papantli; sin tu ayuda ¿quién sabe lo que hubiera sido de mí?

—A los dioses y no á mí rinde ¡oh sacerdote! tu acción de gracias.

Ellos son quienes van á demostrarnos que aun no nos han abandonado.

—¿Qué ha sucedido en el templo de Toci?

—Escucha y lo sabrás.

Poco tiempo despues de haber salido tú, dos españoles, hombre y mujer, subieron la escala de cuerda y penetraron en el templo.

—¿Quiénes fueron ellos?

—El hombre á la mujer llamó D.' Ana, y ella á él don Alvaro.

—Los conozco.

—Bien puedes entonces decir que conoces á la más hermosa mujer que en el mundo existe.

A no haberla oído hablar español habríala yo adorado como una diosa.

—Pon silencio á los elogios y dime, si lo sabes, cómo fueron á dar allí ese hombre y esa mujer.

—No lo sé, pues sus exclamaciones de sorpresa y de terror me demostraron que ignoraban la existencia del templo subterráneo.

—Entonces...

—Pero pronto se repusieron de su sorpresa, y recordando todo su ánimo, que sin duda le tienen grande, sin saber si podrían ó no ser atacados por alguien, se dedicaron á bajar á Tlanoc del suplicio en que le tenías, y á librar de los suyos á todos los demás prisioneros.

No puedo pintarte la alegría de que salvados y salvadores dieron muestras.

Unos á los otros se conocían y eran, según me enteré, buenos amigos.

Pero á su alegría sucedió una amarga decepción.

Libres de sus ligaduras, ninguno de tus prisioneros pudo tenerse en pié.

Todos se encontraron fuertemente lastimados y débiles sobre toda ponderación.

Xochitl era quién más fortaleza demostraba, y no obstante no pudo dar un paso.

Entonces dió voces llamando á su hijo.

Pero ni el niño acudía, ni nadie pudo hallarle, puesto que tú le habías llevado contigo.

Esto yo misma lo ignoraba, pero ellos no lo creyeron y suponiendo que les ocultaba la verdad, me maltrataron de un modo cruel.

Pude escaparme de sus manos y corrí á esconderme en la parte de la gruta en que tienes escondidos y depositados los sacos de pólvora que has comprado y fabricado.

Convencido de que el niño no estaba allí y ofendida é irritada contra esos españoles que tanto mal me han hecho, tuve una idea de horrible venganza.

Tomé una de esas largas mechas de algodón que allí tienes.

Amarré con ella uno de aquellos sacos, y con una brasa, prendí fuego á la otra punta.

Después me deslicé como una culebra, llegué á la boca superior del pozo, descendí por la escala, y, ya sabes lo demás, me puse en salvo y te salvé también á tí.

Ixtaolzin había escuchado la relación de Papantli con manifiesto asombro y creciente interés.

—Quiere decir que dentro de algunos instantes esos terribles sacos harán volar el templo de Toci!

—¿Acaso he hecho mal?—preguntó Papantli comprendiendo por el tono con que Ixtaolzin pronunció sus anteriores palabras que sentía lo que á suceder iba.

—Papantli,—contestó Ixtaolzin, con voz conmovida:—los dioses que tal acción te inspiraron sabrán por qué lo hicieron.

Yo nada puedo decirte.

Yo que he vivido los largos años de mi existencia persiguiendo sin cesar la satisfacción de una venganza, respeto la que tú te has proporcionado.

Pero esto no obstante, me aflige lo que va á suceder.

Tú lo sabes bien.

Ese templo guarda las únicas figuras que de Toci, Tezcatlipoca y Huitzolopochtli pude salvar y extraer del gran teocalli.

En ese templo, y esto que voy á decirte sólo yo lo sabía, está escondido y oculto el tesoro de nuestros reyes, que en vano han buscado los españoles.

Ese tesoro habría bastado por sí solo para atender durante diez años al mantenimiento y equipo de cuantos hombres de armas puede poner en pié de guerra el vasto imperio de nuestros mayores.

Con él podríamos haber comprado, pesándolo en oro y piedras preciosas, al monarca español y todos sus súbditos.

Con él, en fin, podríamos haber levantado á Huitzolopochtli un teocalli que hubiese brillado á la luz del sollo bastante para dejar ciegos á cuantos á mirarle se atreviesen.

Todo eso va á desaparecer en cuanto haga explosión ese producto infernal traído por los españoles.

Pero así lo han querido los dioses y ante su voluntad habremos de inclinarnos.

Ellos permitieron que yo, el último azteca que amó á su patria, me vea reducido á la más grande inutilidad é impotencia.

Conmigo ha muerto la sola esperanza de reconquista que nos había quedado.

Tezomotli, al cual había yo conservado el trono de su padre, nos hizo traición y cambió costumbres, leyes y dioses por los dioses, leyes y costumbres de sus propios enemigos.

Y yo, que cual otro Moctezuma, pude haberme elevado á mi propio al trono de Anahuac:

Yo que lo mismo hice reyes que los destruí y aniquilé:

Yo que en largos años de incesante trabajo y multiplicadas astucias fomenté la desunión de los conquistadores y colaboré á su propio descrédito á fin de nulificar la resistencia que pudiesen habernos opuesto:

Yo que ya casi tocaba el fruto de la semilla por mis manos esparcida, todo lo he visto perderse y agostarse antes de nacer, cual si hubiese ejercido mi misión en campo maldito y con dañadas intenciones.

Víctima de una fatalidad sin ejemplo, contra mí se han vuelto mis propias armas con las cuales contaba aniquilar á mis contrarios.

Horrible misterio es este que más me atormenta todavía que la inutilidad á que reducido me hallo, y la falta de mis ojos que ni aun llorar pueden ya.

Si; espantoso misterio que, imponiéndose por su propia fuerza, envuelve mi cerebro en dudas atormentadoras y en pensamientos que me asustan.

¡Ah! sí, ¡no puedo olvidarlo!

¡Aquí, dentro de mi cabeza, veo cual nunca la ví con los ojos de mi cara, aquella maravillosa escena!

Yo azuzaba á los perros de Peralmindez, fieras salvajes alimentadas por mí con carne de mis compatriotas.

Sí, yo las reduje á un hambre tal, que aunque al principio veíanla con horror, al fin concluyeron por comerla.

¡Cuántos infelices fueron víctimas de mis atroces experiencias!

Pero aquellos animales llegaron á ser una excepción en su raza y coronados ví mis esfuerzos por un éxito completo.

Y esto no obstante, cuando para el logro de mis fines los necesité, los perros se negaron á obedecerme.

¡Ah! ¿por qué no he olvidado aquella escena?

Lanzáronse en un principio con desusado ímpetu.

El cuerpo del moribundo Tezomotli, bañado en su propia sangre pareció que les incitaba á arrojarle sobre él.

Pero á su lado se encontraba Xochitl que con voz terrible por lo inspirada, les gritaba:

«¡Atrás en nombre de Dios!»

Y á la vez les mostraba la imagen de bronce dorado de su nuevo Dios, que enclavado en su cruz abría los brazos cual si en efecto quisiese defender á sus adeptos.

Y los perros, al ver la imagen retrocedían y se postraban en tierra ante ella, cual si adorarla quisieran.

¡Ah maldito de mí, que no he podido olvidar aquel prodigio!

¿Qué fué ¡ay de mí! lo que á aquellos feroces animales les obligó á no obedecerme?

¿Por qué la imagen del Dios cristiano hizo lo que nunca hicieron las de los nuestros, ni aun en los días de su mayor poder?

¡Oh dioses de Anahuac, responded á vuestro sacerdote!

¿Es cierto que existe otro Dios más poderoso que vosotros y ante el cual os abatis humillados?

Pero ¡ah! ¡en vano aguardo vuestra respuesta!

¡Jamás me responderéis!

Sacerdote vuestro soy y jamás en mi larga práctica os he encontrado ni en vuestros mismos templos.

En ellos no erais más que lo que yo quería que fuerais.

En nombre vuestro hablé mil veces á la muchedumbre, pero nunca jamás sentí que mi lengua se moviese porque la movieseis vosotros.

Miras personales, inspiraciones de mi interés particular, me dictaban mis discursos; nunca vosotros ni vuestros ídolos, que siempre fueron inertes masas de tallada piedra!

Y tan poco valéis, en efecto, que necesitábamos ocultaros detrás de cortinas y nubes de incienso para que el pueblo no notase que los insultos de que os hacían blanco los españoles, no os conmovían ni en lo más mínimo, ni irritaban vuestra pesada impasibilidad!

¿Qué habéis hecho por vuestro pueblo que os invocó en sus horas de angustia?

¡Nada sino infamias que os han envilecido!

Armasteis en contra de vuestros reyes á sus mismos súbditos, que ellos y no los españoles concluyeron con Moctezuma, Cuitlahuac y Cuauhtemóc.

Os dejasteis arrojar de vuestros altares por los ministros del Dios enemigo, y rotos en pedazos servís de cimiento á sus humildes templos!

¿Qué dijisteis, si es que aun os sirven de algo vuestros ojos, qué dijisteis, repito, al ver que en las manos de

Xochitl el Dios enemigo defendía al perjuro Tezomoti y anonadaba á Ixtaolzín?

¿Así es como vosotros pagáis á quién os sirve?

¡Ah dioses de Anahuac, si no queréis que de vosotros maldiga, si no queréis que yo mismo coopere á vuestro descrédito y destrucción, demostradme de algun modo que no sólo el Dios cristiano tiene poder bastante para castigar á los enemigos de sus adeptos!

Acababa Ixtaolzín de dirigir este apóstrofe á sus dioses cuando á sus oídos llegó, sordo, pero perceptible, el eco de la explosión de la pólvora por él acumulada en el templo subterráneo de Toci.

El sacerdote dejó escapar una brusca exclamación en que se retrataban su gozo salvaje y su feroz alegría.